

## IVAN III WASSILYEWITZ

### CAPÍTULO XXIX

#### DESTRUCCION DE LOS PRINCIPADOS PARCIALES Y LOS PRÍNCIPES DEPENDIENTES (1)

Es cosa verdaderamente característica que los príncipes de Moscou, mientras trabajaban para unir bajo su mano á toda la Rusia y debilitaban primero y destruían despues los principados parciales que alrededor de ellos se extendían, persistieran, dentro del estrecho círculo de sus propias familias, en el sistema de las divisiones.

El testamento que dejó Wassili el Ciego llevaba este sello y recuerda, por su forma y por su fondo, los moribundos tiempos del período de los principados parciales, que tan mortales enemigos tuvieron en él y en su padre. En este testamento dice á sus hijos que obedezcan á su madre; distribuye entre ellos sus bienes y encarga al primogénito Ivan, que era el que recibía mayor parte, que viva en paz y concordia con sus hermanos, ordenando á éstos que le respeten como padre. El contrasentido político de estas disposiciones se aumenta con el hecho de recomendar el cuidado de los suyos al enemigo hereditario de la Rusia oriental, á Casimiro, gran duque de Lituania y rey de Polonia: «Recomiendo á mi princesa y á mis hijos Ivan y Yuri y á mis niños á Casimiro, mi hermano, gran duque de Lituania y rey de Polonia...» Ivan Wassilyewitz no se resistió á reconocer el testamento de su padre, pero todo su reinado es una continua protesta contra él y al morir no quedaba nada de aquella disposicion que debía estar todavía en vigor.

La accion política de Ivan III comenzó con la celebracion de muchos tratados que le aseguraban su preponderancia en Rusia. El gran duque Miguel Borisowitcz de Twer se comprometió á proceder en todo de acuerdo con Moscou, lo cual, dada la desigualdad de medios de fuerza que entre uno y otro existía, equivalía á un reconocimiento de la soberanía de Ivan. En el tratado firmado con Miguel Andreyewitcz de Wereja, esta tendencia se nos presenta mas marcada; y si no se firmó tratado alguno con Rjasan, débese á que el gran duque de este territorio se encontraba bajo la tutela de Ivan y se había casado en 1464 con la hermana de éste. Celebráronse tambien tratados con los hermanos, cuyos territorios procuró Ivan invadir poco á poco, hasta que ellos, sumamente indignados, se levantaron en armas contra él. Para nuestro propósito bastará referir los mas importantes de estos sucesos. De todos los hermanos, Andrés de Uglitsch, á quien se denominaba el

(1) Véase Gennadio Karpoff: *Historia de la lucha entre el imperio moscovita y el polaco-lituano, 1462-1508*. Moscou, 1867 (en ruso).

mayor para distinguirlo de otro Andrés, fué el que, apoyado por la gran duquesa viuda, se mostró constante adversario de Ivan y supo arrastrar consigo á sus hermanos menores Yuri, Boris y Andrés el menor. Yuri falleció en 1472 sin dejar testamento, y habiéndose apoderado Ivan de sus dominios surgió de aquí una contienda que terminó amigablemente, si bien dejando el aguijon en los ánimos de los contendientes. Poco tiempo duró la paz entre los hermanos. La prision violenta y posterior ejecucion de un príncipe Obolenski, que había huido á los territorios de Boris Wassilyewitz y á quien éste se había negado á entregar, así como el hecho de apoderarse el gran duque de Nowgorod, fueron causa de que estallara un levantamiento del pueblo de esta ciudad y una guerra civil, durante la cual los hermanos del gran duque no tuvieron reparo alguno en devastar los territorios moscovitas y en aliarse con los enemigos del príncipe. La apurada situacion en que le pusieron los tártaros obligó al gran duque á ceder en 1481; pero la experiencia adquirida le indujo á oponerse á los esfuerzos de independencia de sus adversarios y á acabar, allí donde se le ofrecía ocasion para ello, con todas las soberanías mas ó menos independientes que al rededor del gran ducado de Moscou existían. De esta suerte pudo anexionarse en 1483 el principado parcial de Wereja, cuya suerte siguió despues el gran ducado de Twer, el cual, cercado por todas partes por territorios moscovitas, había intentado en vano buscar una garantía de seguridad aliándose con Casimiro de Polonia, que á su vez esperaba que los tártaros invadirían de nuevo á Moscou. Pero no habiendo Casimiro hecho nada en el momento decisivo por su aliado, Miguel Borisowitcz, en cuyos territorios entraron á sangre y fuego las tropas moscovitas, tuvo que firmar un tratado que no solo llevaba consigo las mayores humillaciones sino que hacía de hecho imposible la independencia política de Twer. El gran duque procedió entonces respecto de Twer de la misma manera que había procedido Masinisa con los cartagineses. En todos los territorios moscovitas fronterizos de los twerinos hubo violaciones de fronteras y cuando los boyardos de Twer, poseidos de desesperacion, se atrevieron á hacerse justicia por sus propias manos, vinieron las amenazas y los severos castigos. Los súbditos de Miguel Borisowitcz llegaron á sospechar que su soberano no se encontraba en condiciones de defenderlos. Los frutos de esta política demoledora no se hicieron esperar: dos príncipes vasallos del gran duque de Twer se pasaron al servicio de Ivan, siguiendo muy pronto su ejemplo varios boyardos twerinos: Moscou no solo dispuso á todos excelente acogida sino que los colmó de presentes. No es, pues, de extrañar que Miguel Borisowitcz pensara por segunda vez en pedir auxilio al extranjero. Pero el men-

sajero que había enviado á Casimiro fué hecho prisionero; las disculpas de Miguel no fueron aceptadas, y cuando en agosto de 1485 avanzaron hácia Twer las tropas moscovitas, no le quedó á aquel príncipe indefenso y abandonado por los suyos mas recurso que emprender la fuga, dirigiéndose á Lituania. Desde aquel momento dejó de existir el gran ducado de Twer. Ivan, con mayor perfidia todavía, supo hacer inofensivo al mas poderoso de sus hermanos, á Andrés el mayor. Despues de los acontecimientos antes referidos habían ocurrido varias disidencias entre los hermanos. En el año 1486 habíase firmado un nuevo tratado, mas favorable á Andrés el mayor que al débil Boris (Andrés el menor había ya fallecido, dejando su principado parcial al gran duque), pero la causa de su ruina había de ser precisamente la gran libertad de accion que había alcanzado. Cuando estuvo, en 1488, en Moscou, uno de sus boyardos le dijo que Ivan pensaba encarcelarle: luego se vió que la noticia era falsa, y fueron severamente castigados por el gran duque los que la habían esparcido: sin embargo, no dejaba de tener importancia la simple posibilidad de tales habladurías. Cuando algunos años despues Ivan exigió de sus hermanos que pusieran á su disposicion sus respectivas tropas para una empresa que proyectaba contra los tártaros, Andrés no quiso obedecerle. El gran duque no procedió inmediatamente contra él: pocos meses despues, encontrándose Andrés en Moscou, Ivan le recibió dignamente y le invitó, á los dos dias de su llegada, á que fuera á su palacio. Andrés creyó haber encontrado una excelente ocasion para justificar su anterior desobediencia, pero el príncipe se mostró lacónico y decidido en sus palabras. Despues de algunos momentos se retiró del salon y envió á los boyardos que habían acompañado á Andrés á la sala de audiencias, donde fueron todos reducidos á prision. Andrés no permaneció mucho tiempo solo: el príncipe Semen Rjapolowski se le presentó, acompañado de muchos boyardos y príncipes, y puesto de pié delante de él le dijo con voz entrecortada por las lágrimas «Señor y príncipe Andrés Wassilyewitcz! Eres prisionero de Dios y de tu señor, el gran duque Ivan Wassilyewitcz de toda la Rusia, tu hermano mayor.» Andrés se levantó y contestó: «Libre es Dios y libre mi señor, mi hermano mayor, el gran duque Ivan Wassilyewitcz, pero Dios juzgará, enfrente de él, que he sido injustamente preso.» Hasta la tarde le tuvieron en el Kremlin, luego se confió su custodia á gran número de boyardos y príncipes, y sin dirigir contra él ningun otro procedimiento, falleció al cabo de tres años en la cárcel. Ivan procuró cuidadosamente que no tuviera vengador alguno. Una division del ejército moscovita, compuesta de mil hombres, se apoderó en Uglitsch de los hijos de Andrés, que fueron encadenados y conducidos á Pereyaslawl: únicamente las hijas pudieron conservar su libertad.

Se ha comparado á Andrés con Schemyaka y realmente existe cierta semejanza entre el carácter del uno y del otro. Ambos llevaban el mismo objeto, que era ser por sí mismos algo, pero ambos sufrieron la misma suerte. Por encima de ellos prosiguió Moscou el camino que se había trazado.

El último hermano del gran duque, el flexible Boris Wassilyewitcz, no había hecho tentativa alguna para oponerse al inconsiderado soberano, y habiendo fallecido poco despues, desapareció muy pronto la sombra de independencia que Wassili el Ciego había dejado á sus hijos menores.

Los acontecimientos referidos abarcan un período de treinta años y desempeñan un papel importantísimo en la política del gran duque.

No puede negarse que Ivan supo seguirla con gran tenacidad.

Para él los detalles no tenían importancia mas que en sus relaciones con el conjunto; y así como Luis XI de Francia,

con quien acertadamente se le ha comparado, destruía cuanto podía destruir sin peligro alguno, del mismo modo Ivan III, con gran prudencia y sin consideracion alguna supo, con admirable fortuna, llevar á cabo la union de toda la Rusia. Otra semejanza existía entre los dos soberanos, y era que encontraban placer en los castigos crueles, siendo dudoso resolver cuál de los dos gozó de él con mas refinamiento.

Ivan Wassilyewitcz persistió como nunca en su política respecto de Lituania, la cual fué derrotada en toda la línea sin que se hubiera llegado á una guerra propiamente dicha. Moscou supo lenta y seguramente privar al Estado polaco-lituano de los medios de fuerza que dirigía contra Rusia y avanzó constantemente y sin detenerse por los territorios de su vecino, de manera que vemos continuamente variadas las fronteras siempre en perjuicio de Lituania y en provecho de Moscou. Éste hecho no se comprende sin estudiar detenidamente la situacion de los llamados «príncipes servidores» (*slushebnije Knjasja*), es decir, de aquellos que sin tener un principado propiamente dicho, además de sus bienes propios, á menudo muy extensos, administraban los territorios de su soberano, príncipe parcial ó gran duque, y estaban obligados á hacer la guerra con las tropas de los territorios á ellos confiados. Varios de estos príncipes había en Rusia y en la parte rusa de Lituania de que tratamos. Su número era grande especialmente en la Rusia septentrional, donde casi toda la clase alta de la sociedad se componía de estos príncipes, en su mayoría descendientes de Rurik, cuya familia nos ofrece una fecundidad sin ejemplo en la historia, hijos y nietos de príncipes antiguos que, debilitados sobradamente por las continuas desmembraciones, no habían tenido fuerza suficiente para conservar su independencia enfrente de las consolidadas soberanías de Moscou y Lituania, y habían entrado por esta razon al servicio de los poderosos, que les confiaban ciudades y territorios á ellos anejos y les respetaban la posesion de los bienes de sus mayores. Estos príncipes eran un elemento belicoso é inquieto que tiene muchos puntos de semejanza con los caballeros de la Edad media de Occidente, pero que se diferencia de ellos en otros esenciales. En los rusos encontramos el espíritu guerrero, la lucha continua, el orgullo de clase, pero en cambio notamos en ellos la falta de los ideales que caracterizaban á los caballeros de Occidente. Tambien existe una diferencia en los procedimientos: en la clase rusa subsistían todavía las antiguas contiendas sobre categoría y familia, y solo la mano enérgica del gran duque de Moscou, que no podía tolerar una guerra de todos contra todos, consiguió restablecer en este concepto la paz y la tranquilidad, para lo cual utilizó aquellos inquietos elementos en las cuestiones exteriores, ora haciéndolos luchar contra los tártaros del Este y del Sur, ora contra los suecos, alemanes y lituanos, ora valiéndose de ellos para acabar con las luchas intestinas. La sed de botín que tenían los príncipes servidores y sus hombres imprimió á todas las guerras de Rusia así extranjeras como civiles un carácter sangriento y devastador. Respecto de la situacion jurídica de los príncipes servidores del Norte de Rusia, nada puede afirmarse positivamente, y solo en el período que nos ocupa puede decirse algo del derecho consuetudinario; en cambio, por lo que á Lituania toca, puede hablarse con cierta exactitud de sus pequeños príncipes. Establecidos unos junto á otros en las fronteras del territorio moscovita, al Sur del Duna y á ambos lados del alto Dnieper (1), ocupaban los territorios que te-

(1) Véase Spruner-Menke, *Atlas manual*, el excelente mapa número 69 (de Caro), en el cual se reproduce el tratado firmado entre Wassili el Ciego y Casimiro, sobre fronteras, en 31 de agosto de 1449. Pero como faltan los trabajos preliminares respecto de Rusia y los historia-

nian, parte por herencia, parte en feudo, si nos es permitido usar de esta expresión. Estos territorios, cuyos límites estaban perfectamente trazados, llevaban el nombre de «país de los príncipes,» y en ellos introdujo su palanca la política moscovita. El enlace de estos hechos es el siguiente: los príncipes dependientes de Lituania que ocupaban terrenos propios se encontraban respecto de ésta en relaciones que regulaba un tratado, estando obligados á someterse en todas las cuestiones exteriores á la política del gran duque de Lituania, á cambio de lo cual tenían derecho á que éste les defendiera en el exterior y les mantuviera en la posesión de sus bienes propios y de los que tenían en feudo. Esta obligación desaparecía cuando la Lituania no cumplía los compromisos contraídos en virtud del tratado, «en cuyo caso» los príncipes decían en el tratado «tomaremos el beso de la cruz y quedaremos libres.» A consecuencia de la disolución de este vínculo, los pequeños príncipes entraban al servicio de otro gran duque con sus territorios y sus gentes. Únicamente por lo que se refería á Twer era principio de derecho que el que se pasaba al servicio de otro perdía sus bienes patrimoniales: la libertad de establecimiento se conservaba cuando se pasaba de Moscou á Lituania y viceversa. Mientras subsistió la paz entre ambos grandes ducados, y mientras vivieron los grandes duques uno al lado de otro con fuerzas en conjunto iguales, estas relaciones especiales se conservaron sin perjudicar á una ni á otra parte. Como sucede siempre y en todos los pueblos, los intereses inspiraban la conducta de cada uno de ellos. Mientras la ventaja no estuvo de una ni de otra parte, todo continuó como antiguamente. La destrucción sistemática de los principados parciales por Moscou y, además, la evidente debilitación que se notaba en la política oriental de Lituania desde su unión con el reino de Polonia, produjeron un cambio del cual supieron sacar partido hábilmente los grandes duques de Moscou, los cuales aprovecharon las luchas en que continuamente se encontraban envueltos los príncipes de aquel territorio fronterizo para agregar á Rusia en pequeñas porciones aquellas comarcas. Mientras los grandes duques de Lituania se olvidaban de hacer valer su supremacía poniendo término á las luchas y discordias de los príncipes, Ivan Wassilyewitz no desperdiciaba ocasión alguna de atacarles. Para ello solía proceder de la siguiente manera (1): «Un mensajero de Ivan se presentaba á los príncipes beligerantes lituanos y les manifestaba que su señor les perdonaría y les tomaría á su servicio con sus bienes patrimoniales; que quería protegerles y permitirles que hicieran la guerra á su enemigo y que les concedería, como residencia, las ciudades que conquistaran, añadiéndoles que no pretendía atacarles en sus conquistas ni en sus bienes patrimoniales, sino solo protegerles.» A esto seguía un tratado, y Moscou mantenía su palabra concediendo á los príncipes las ciudades que conquistaban.

El primer príncipe que bajo estas condiciones se pasó con territorios y gentes de Lituania al servicio de Moscou fué Ivan Michailowicz Worotynsky, cuyos servicios aceptó Ivan á pesar de todas las protestas de Casimiro. Otros muchos siguieron su ejemplo, y seguros del apoyo moscovita y ayudados por las tropas de Moscou comenzaron á tomar venganza de sus enemigos que todavía estaban al servicio de Lituania. Ivan, sin embargo, tuvo la precaución de no promover un rompimiento oficial, pues si bien sus príncipes hacían la guerra á los príncipes lituanos, no había hecho intervenir

dores rusos no pueden exigir que se les crea exactos y fidedignos, es difícil obtener la claridad geográfica en las cuestiones de detalle.

(1) Véase Karpoff, obra citada, pág. 17.

en la lucha á sus propios vaivodas. De esta suerte, mientras se cruzaban simultáneamente embajadas entre Lituania y Moscou para tratar de esta cuestión, seguía una continua guerra de fronteras, cuyas ventajas fueron siempre para Moscou, que con tanta constancia y tanta energía iba derecha á sus fines. Estos fines eran, como en otro lugar veremos, ni mas ni menos que la conquista de todos los territorios rusos que estaban bajo la soberanía de Lituania.

La muerte de Casimiro motivó un cambio en el asunto: cuando su hijo Alejandro subió al trono no se guardaron las consideraciones de antes y se rompieron las hostilidades sin que á ellas precediera una declaración formal de guerra. Los vaivodas del gran duque conquistaron la Wjasma lituana bajo el pretexto de defender al príncipe Andrés Yuryewicz-Wjamski, que había manifestado deseos de pasarse al moscovita. A ésta siguieron otras invasiones y ocupación de territorios, dándose el hecho notable de que mientras un Estado sostenía que vivía en paz, el otro hablaba y procedía como si se encontrara en pleno estado de guerra. Fatigaríamos á nuestros lectores si hubiéramos de referir todos los detalles, pero hemos de tomar acta del lento y seguro ataque de Moscou contra Lituania. Ivan Wassilyewitz no perdonaba medio alguno para atacar, y si bien el derecho estaba de parte de Lituania, Moscou tenía de la suya la prudencia y la energía y por tanto la victoria, producto de ambas. La política de Moscou se veía envuelta en una nueva aureola, pues se había levantado otra bandera, que era la unión de todos los verdaderos creyentes alrededor del ortodoxo gran duque de Moscou contra los católicos soberanos de Lituania y Polonia. Los sucesos de que hemos tratado llenan todo el reinado de Ivan Wassilyewitz y forman con los grandes rasgos de su política un factor eficaz, sobre el cual tendremos ocasión de meditar á menudo. El gran duque parecía ocuparse personalmente con preferencia en las cuestiones de los príncipes servidores, y no puede negarse que supo llevar esta cuestión con verdadera maestría. Mas rudo fué el golpe que dió á Lituania con la destrucción de la soberanía de la Gran Nowgorod.

### CAPITULO XXX

#### CAIDA DE LA GRAN NOWGOROD

La gran república que unía á la Rusia con el mar ha llamado siempre nuestra atención y ahora se hace mas que nunca acreedora á ella, pues hemos de trazar la historia de su trágica ruina. A esta historia, sin embargo, le falta el héroe trágico, y es de notar que aquella gran república careció siempre, hasta en sus últimos tiempos, de personajes notables que supieran dirigirla. Los tiempos posteriores inventaron, sin fundamento histórico bastante, estos héroes; pero es lo cierto que Nowgorod sucumbió sin gloria. La pesada planta del gran duque pisoteó la ciudad. Con todo, no puede negarse el carácter de tragedia á la ruina de Nowgorod. Es trágica, en el sentido de la antigua tragedia, la fatalidad inevitable que pesa sobre la ciudad y que necesariamente da á su actividad, á su inacción y al mero hecho de existir el carácter de una culpa á los ojos del poderoso llamado á destruirla. Estaba en la naturaleza de las cosas que, apenas comenzada entre Moscou y el reino polaco-lituano la lucha por la conservación y eventual adquisición de la Rusia occidental, la victoria fuera de aquel que dominara en Nowgorod. Así lo comprendió claramente Moscou desde el primer instante y procedió en su consecuencia. En el tratado que Wassilyewitz firmó con el rey Casimiro, Nowgorod y Pskoff quedaron excluidas expresamente de la influencia del rey de Polonia. No por eso dejaron de subsistir las relacio-

nes entre Casimiro y Nowgorod, antes por el contrario, tomaron un carácter peligroso para el gran duque de Moscou por el hecho de ser Lituania el centro de la agitación dirigida contra el grecismo correcto, agitación que desde los tiempos de Isidoro tendía á la unión entre la iglesia latina y la griega. La unión, tal como la quería Isidoro, significaba subordinación á Roma y, en definitiva, la fusión con el pontificado. La propaganda católica había tenido la habilidad de señalar como residencia de Gregorio, metropolitano ruso de

la unión, la ciudad de Kieff, antigua é ilustre capital de la Rusia, y los muchos príncipes rusos que sometidos á la soberanía de Lituania reconocían su soberanía espiritual contribuyeron á atraer aun á aquellos que querían persistir en la estricta observancia de la fe griega (1). En vista de los esfuerzos, cada día mas patentes, que hacía el gran duque de Moscou para ahogar todo espíritu de independencia, los partidarios de la de Nowgorod se vieron obligados á buscar un auxilio y un apoyo en Lituania y á trabajar para que se dis-



Retrato de Ivan III

Facsimile de un grabado en madera publicado en la *Cosmographie Universelle*, de Andrés Thevet, Paris, 1575. (Thevet pretende que adquirió el retrato de manos de un griego de Galatia.)

minuyera, y en lo posible desapareciera, la antipatía que la mayoría de la población sentía hacia el metropolitano romano. Los violentos ataques de Moscou dieron origen en Nowgorod á un partido lituano: la habilidad con que Ivan supo aislar á este partido y hacer sospechosos su patriotismo y su ortodoxia; las debilidades de Lituania y las funestas vacilaciones de la wetscha nowgorode fueron los factores aislados, cuya suma dió por resultado la ruina de Nowgorod.

Ivan, en todos sus actos dirigidos contra Nowgorod, procedió con gran pulso y seguridad y supo poner de su parte todas las ventajas del derecho formal. Si se estudia el curso del desarrollo interior de Nowgorod, no podrá negarse que la república había vivido demasiado tiempo. Parece una pa-

radoja, y, sin embargo, es incuestionable bajo el punto de vista histórico, que en aquel centro, el mas animado de la vida mercantil de Rusia, faltaron siempre grandes comerciantes y verdadero espíritu comercial. El comercio de Nowgorod no era en la esencia sino un comercio de tránsito, y las tentativas para iniciar una política mercantil independiente fueron siempre débiles y poco enérgicas. Los nowgo-

(1) En nuestros días se opera un movimiento á la inversa. La idea de unión que antes conducía á la iglesia católica es actualmente la palanca que conduce del catolicismo á las creencias ortodoxas griegas. Los cuatro siglos que han mediado desde entonces han puesto las mismas armas en otras manos, pero el lugar geográfico y etnográfico de la escena es el mismo.